vírgenes de Andrea del Sarto, de Leonardo de Vincí, de Corregio, de Francia, de Sebastián del Piombo y aún mucho, muchísimo del Ticiano.

¿De cuál de todos estos grandes maestros es?

Me inclino á creer, después de detenido examen, y minuciosas pesquisas que es esta *Mater Dolorosa*, obra original ó copia maravillosa del príncipe de los maestros venecianos—quiero decir del Ticiano! Nada extraño seria que así fuera; y baso entre otras cosas mi opinión, en el hecho, de que si hubo en el Renacimiento italiano un artista que pintó admirablemente el noble y conmovedor asunto de la *Madre Dolorosa*, lo fué el Ticiano.

Muestra de ello palpable tenemos en la soberbia colección de cuadros del Escorial, en donde entre las obras de este genio inmortal, se encuentra una Vírgen de los Dolores de la que me inclino á creer es ésta una repetición hecha por el mismo Ticiano pues, es cosa averiguada que, en medio de su fecundidad de artista, por una causa ú otra, repetia más de una vez los mismos asuntos. Hé aquí el porqué se admiran muchos de sus cuadros en Italia, varios de ellos duplicados de aquellos que pintó en el Escorial, para su gran amigo y protector Carlos V, ó su sucesor Felipe II.

Fundo también mi opinión al atribuir esta tela al arrísta en cuestión, en que se hecha de ver en ella mucho de su particular manerismo que en opinión de Lanzi, fué el resultado de haber imitado en su juventud á Bellini, en su estilo algo duro y tirante, y más tarde, á sus propios maestros Zucato y Giorgione, á quienes en breve aventajó tanto en su arte. Luego, el colorido como llevo ya dicho es veneciano y propio en sus tonos y vigor al mencionado maestro. Luego, el tenor del dibujo y la composición fuerte y atrevida, nos revelan su estilo en que todo se nota muy bien comprendido y acabado de esa manera que le fué tan peculiar.

El sacristán me informó, que había venido aquí

un viajero inglés que ofreció por esta Dolorosa una fuerte cantidad de dinero, pero que dignamente se le dijo: que las imágenes del templo del Carmen no se vendían á ningún precio.

***

Saliendo una mañana de la gran Basílica, á donde había pasado un largo rato estudiando varias cosas, alguien me dijo que si había visto ya la última copia de la Asunción de Murillo ejecutada por un modesto artísta jalisciense. Al contestar en la negativa, fuí llevado á la Notaría del Sagrario é incontinenti presentado al autor que está casualmente empleado allí. Después de los cumplidos de costumbre, me ofreció, desde luego, llevarme á su casa, con el fin de que pudiera ver su copia recientemente terminada. Habiendo ofrecido, en este mismo capítulo, que haría mensión de esta otra copia por haber llamado sobremanera mi atención, lo hago gustoso, suplicando al lector perdone si en camino á la morada del artísta, hago alto y abro un paréntesis, pues la esquina y soberbia fachada del templo de Santa Mónica detenían nuestros pasos.

—No sé que me pasa en Guadalajara,—decía á mi acompañante—pero á medida que permanezco aquí, encuentro cada día, cosas nuevas que admirar, no obstante que, para otros pasen si se quiere hasta desapercibidas.—¿Mire Ud., este templo sino reclama desde luego la admiración del amigo del arte ó del turista inteligente, y sin embargo, le veo hoy por vez primera después de haber hecho á esta ciudad dos vlajes?

—Señor, me dijo—Yo creo que si Ud. se propone escribir sobre todos los templos de esta ciudad, con su natural amor á el arte y su espíritu de investigación, necesitaría Ud. dedicar un tomo aparte tan

solo á este asunto.—No le faltaba razón, sino más bien le sobraba.

Estábamos frente á Santa Mónica; la esquina de este templo destacaba en su ángulo una semi-concha colosal de bellísimos tallados. Frente á ésta la estátua en piedra más enorme que he visto en la República, figurando á San Cristóbal, aquel que llevó [como ahora lo representa]. al niño Jesús en su hercúleo brazo. Aquel niño que á decir del santo: *pesaba lo que representaba*!

La estátua, en medio de tener sus defectos de anatomía y proporciones, revela bastante gallardía y al asumir el grado heróico en estatuaria, impone al expectador por sus proporciones gigantescas, y eso que llaman los italianos *bravura*. La piedra en que ha sido esculpida esta estátua, como toda la empleada en el resto de la construcción del edificio es muy bonita y asume un color como de ágata. Pero lo que es verdaderamente espléndido, es el trabajo Churrigueresco de la entrada, de los tableros superiores y del conjunto de todo el edificio, que, por lo bajo y compacto, recuerda más bien á las mezquitas de Palestina, ó á los primeros templos de la cristiandad en Pisa ó en Perugia, que á las iglesias de elevadas torres y colosales muros que el espíritu religioso del conquistador erigió por toda nuestra patria.

Bajo el punto de vista religioso, se puede considerar este templo como digno de la memoria de la Santa que tuvo un hijo como San Agustín. Bajo el punto de vista arquitectónico, es á mi juicio de gran mérito. El gran arquitecto español que lo edificó, haciendo á un lado el estilo colonial con todas sus bellezas, grandeza y eclécticismo, se propuso desplegar en él todo ese conjunto maravilloso y fantástico que marca con caracteres propios el estilo de Churriguera que, por muy pesado y contrario á las reglas del arte, (como en general se le ha calificado), tiene á mi juicio, sus méritos y su grandeza propia, tal cual lo tiene el arte gótico bajo sus diversas épocas, ó el

arte árabe bajo sus creaciones de sueños y de ideales realizados. Yo soy de los que me permito creer, que á Churriguera, se le ha juzgado con demasiada severidad y tal vez injusticia. El hecho es, que en el siglo XVIII fué el único de todos los arquitectos españoles que, imbuidos en las magnificencias del arte gótico, se esforzó para crear en España un estilo algo parecido á éste último, y que á la vez reuniera la circunstancia de ser una nueva creación original para el arte arquitectónico de su patria.

El estilo de este escultor-arquitecto adolecerá de mil defectos, pero el caso es que, su altar de los Reyes en la Catedral de México, así como el frontis y costado de Oriente del Sagrario Metropolitano, en sus puertas de entrada y luego este templo de Santa Mónica en Guadalajara, elevan y deleitan á todo el mundo inteligente.

Grata sorpresa me había proporcionado el rato dedicado á contemplar el exterior del templo de Santa Mónica, [el que después he estudiado más despacio.]

En compañía del modesto y atento Sr. José Reyes Durán [que es el nombre y apellido de la persona cuya copia de Murillo iba á tener el gusto de ver], seguí de frente hasta llegar á la calle de la Reforma á donde tiene su casa habitación.

Penetramos á una de esas casas pequeñas que abundan en esta ciudad, y que me hacían recordar á las de Toledo ó Granada, con sus patios llenos de luz, de flores y de pájaros, con sus corredores de alegres pisos y de blancos arcos semi-moriscos. Pasamos á una *salita* de altas ventanas y al abrir sus puertas de estilo antiguo para que penetrase en ella la vivificante luz del sol, se presentó á mi vista el cuadro y copia que había venido á ver.

Muy favorable me era la primera impresión; pues á una entonación menos vigorosa que la del original, aún al de la copia de Sánchez Guerrero, notaba desde luego un dibujo muy concienzudo: la expresión

admirable, los detalles exactos, y un colorido tan aperlado, tan transparente, unas luces y sombras tan delicadas, que atraían al espectador como le enamoraban. Así debe haber sido esta tela original de Murillo poco después de pintada, decía para mis adentros, sobre todo en su parte de luces, pues en cuanto á las sombras, si creo deben desde un principio haber sido tan vigorosas como hasta la fecha lo son en la Asunción que está en la gran Basílica.

Después de un largo rato de contemplación felicité al Sr. Reyes Durán por esta hermosa copia; y á instancias repetidas por su parte de impartir con franqueza mi juicio, le indiqué que en mi opinión, las sombras pedían entonación más obscura, pues era imposible (científicamente hablando) que esas luces tan vigorosas, no produjeran sombras que igualmente lo fuesen. Accedió bondadoso á mi consejo, y me ofreció se ocupária desde luego en dar mayor vigor á esas sombras que á la derecha del cuadro de Murillo, hacen resaltar á su izquierda, esos divinos niños angélicos, que se bañan con la plateada luz de las altas regiones celestes por donde solo, seguramente, pasan los espíritus puros.

Con el transcurso de dos siglos y los naturales efectos y reacciones químicas del tiempo, he notado más de una vez en telas como las de Murillo, que las sombras sobre todo asumen una coloración sumamente sombría, así es que, no es difícil que cuando el insigne príncipe de la escuela sevillana pintó esta maravillosa Asunción, la entonación general del cuadro, tuviera las mismas tintas que en su parte de luces le ha dado el Sr. Reyes. Sea como fuere, esta copia es digna de todo elogio, y al retirarme de la casa del modesto artista, repito que ha llamado sobremanera mi atención; y que veo con placer que hay más de un artista en esta Guadalajara, que ha comprendido todo el valor y toda la enseñanza que encierran para el arte y para el sentimiento religioso, creaciones tan magnas como lo han sido las del inspirado pintor, honra y gloria de España y admiración del mundo entero.

Tomando en cuenta las dimensiones de este capítulo y lo vasto del asunto: "Templos y Creaciones Religios," me veo obligado ya á ser algo conciso en mis reflecciones y notas consiguientes. Así pues, diré que si es bellísimo y clásico el Sagrario por sus dos entradas principales, no lo es menos por dentro con su grandiosa cúpula, sus proporciones admirables, su blanca inspiradora luz bañando y sacando en relieve todas sus magnificencias de templo, de orden jónico, de cuyos muros se destacan sus elegantes altares blanco y oro, de estilo corintio puro. Este templo es á mi juicio, en arquitectura, una gran creación religiosa que podía figurar hasta en la misma Roma.

San Felipe, es también una gran fábrica con su imponente frontispicio, de un estilo compuesto, hermoso en sus labrados en piedra, como grandiosa y bien proporcionada loe s su torre sombría, que se eleva á una altura de 150 piés.

Interesantes por su antigüedad, algunos cuadros muy buenos y otras cosas, lo son los templos, Santa María de Gracia, la Soledad, Capuchinas, Santa Teresa [con sus altares góticos aunque de reciente construcción], San Francisco con sus dos iglesias unidas, y sus fragmentos de pasada historia y grandeza monacal. La Merced, exteriormente hablando, es asunto muy poético para el pintor. Aquel cementerio de entrada con sus semi-derruidos y caprichosos arcos del muro que lo circundan. Aquella casa que daba entrada al convento con su fachada de plena arquitectura colonial, con sus santos de piedra ensimismados en sus nichos. Aquellos balcones volados y chaparrones, con sus barandales de hierro oxidado, [donde se han asomado quien sabe cuantos mercedarios], y todo este conjunto formando caprichoso rincón del cementerio envuelto entre luces y sombras jugetonas, me ha deleitado en más de una ocasión, cuando cansado de mis vagancias matutinas, he buscado ahi

el reposo para el cuerpo, sino es también que para el espíritu.

Mas hay un templo extramuros de Guadalajara, de una importancia grande no solo por su belleza arquitectónica, sino porque en él veneran los jaliscienses á una pequeña virgen llamada de Zapopan, nombre que lleva igualmente el colosal Santuario y la villa en donde se encuentra este, á cosa de dos leguas de distancia de la ciudad Reina. Escribir un libro sobre la capital de Jalisco, y no hacer mención aunque fuera de paso [como ahora lo hago], de tan interesante creación religiosa, sería equivalente á no hacer mención del Santuario de Guadalupe, después de escribir sobre la capital de México.

Cuenta la tradicional historia que, Fray Antonio de Segovia, de la orden franciscana, y uno de los fundadores de la villa de Zapopan en 1542, fué el que trajo de España, la pequeña escultura de la Vírgen tan venerada por los jaliscienses á causa de los infinitos prodigios que ha hecho, al grado que en el siglo XVII, el obispo de Guadalajara, á la sazón D. Juan Ruiz Colmenero, hizo levantar una información jurídica, motivada por los milagros verificados por la intercesión de esta diminuta imagen escultural, que en 1821 fué solemnemente proclamada Generala de las armas del Estado de Jalisco, portando desde aquella fecha la banda azul y el bastón de oro de su elevado rango. Por eso, en época no muy lejana, el Gobierno civil saludaba su visita anual á los templos de Guadalajara con una salva de 21 cañonazos. Patrona contra las tempestades desde 1734, se ha hecho costumbre de llevarla cada año á la ciudad, donde permanece desde el 13 de Junio hasta el 5 de Octubre, durante las fuertes lluvias torrenciales.

En una de tantas de mis vagancias por los pueblos de los alrededores de esta ciudad, fuí resultando en Zapopan un domingo por la mañana; y á consecuencia de mi visita al célebre Santuario jalisciense, puedo finalizar este mi laborioso capítulo con las notas é impresiones recogidas sobre un asunto que por mucho colorido é interés local que tenga para los hijos de Jalisco, no creo por eso deje de tenerlo para el mexicano católico en otras regiones del país.

El gran punto objetivo en el camino real de Guadalajara á Zapopan, es el santuario de esta villa. Las hermosísimas torres del templo se echan de ver á gran distancia, como un gran buque mercante que, con henchidas velas, se presenta á la vista en los horizontes del Océano, con todo su silencio magestuoso y aparente inmovilidad! Conforme se acerca uno á la población, se hace más aparente que este grandioso santuario lo nulifica y lo disminuye todo. Reina allí solo; y es como las pirámides de Egipto: la única cosa imponente del lugar, el dueño y señor de aquellas comarcas veneradas por el sentimiento religioso, y frecuentemente holladas por la planta del devoto en santa y edificante peregrinación.

¡Qué poder de las creaciones religiosas en todos los cultos y todas las edades! Una pequeña Vírgen de media vara de altura esculpida y tallada en madera en pleno siglo XVI, y traida casualmente de España, por un misionero franciscano, ejerce por el espacio de tres siglos, el más poderoso influjo en el corazón y sentimiento de diversas generaciones y de incontables almas. Y, si por un lado, artísticamente considerado, está dicha Vírgen desprovista de mérito, por el lado religioso, no hay méritos que no tenga, ni palabras humanas para los corazones creyentes, que dén idea de lo que realmente vale y representa esta Santa Imágen.

En la plaza principal de ésta villa, se encuentra el célebre santuario; pero es tal su magnitud, su sólida grandeza, junto con el convento al que está unido, y que lleva por nombre: "Colegio Apostólico de Santa María de Zapópan," [fundación del gran Obispo Ruiz de Cabañas], que ocupa una parte muy considerable de la mencionada plaza.

El primer templo erigido á esta Virgen, fué uno

relativamente pequeño, pero de aquel se edificó el presente. En cuanto al monasterio, se construyó con la suma de $120.000, donados con ese objeto por una religiosa del Convento de Santa Mónica, al hacer su profesión solemne. La sensación que experimenta el visitante frente á este hermoso santuario, es aquella que en el alma produce todo lo que es espacioso, sólido y de gran elevación. Es bello tambien el enverjado de hierro que separa el templo del vasto espacio, que entre los edificios y sus puertas de entrada de la reja forman esbeltos árcos dóricos. La fachada es imponente y está muy bien labrada. Las torres, aunque de un estilo compuesto y en su remate casi hasta caprichoso, presentan un conjunto imponente y artístico. Al penetrar al santuario por su gran nave de órden dórico, se crée uno estar en toda una catedral. Los altares son de gusto y bellas proporciones; y en todo se revela el amor y singular esmero desplegado por los fieles para hacer de esta iglesia lugar digno de la Vírgen de Zapópan. La elegante capilla dedicada á la *Sacra* familia, y que encierra las soberbias esculturas de Acuña, de Jesús, María y José, es digna del asunto y del Santuario. Reasumiendo, diré: que el conjunto es toda una creación del arte religioso; pero de ese arte, lleno de enseñanza, que dulcifica y consuela el espíritu del creyente, cuando en él encuentra tantos ideales realizados y para lo porvenir, más luminosos horizontes.

CAPITULO XI.

La Biblioteca Publica.

Horas Intelectuales.—Entre los Libros.

En las primeras páginas de este libro he dicho: "que en mis lagas vagancias por el mundo, no conozco ciudad que ostente una catedral y un obispado que no valga la pena de mirarse, y que en donde hay catedral hay historia, en donde hay historia hay museo, en donde hay museo hay biblioteca, en donde hay biblioteca fuerza es que haya civilización." Que ésta última, como lo demás, existe en Guadalajara, creo haberlo probado de mil maneras en éste mi ensayo monográfico de la ciudad más artísticamente bella de la República Mexicana.

¡Sí, en donde hay biblioteca, fuerza es que haya civilización! Pues son los libros buenos el alimento del espíritu, tan necesarios para muchos, como para todos tiene de serlo la buena alimentación del cuerpo humano, para la salud, conservación y prolongación de la humana existencia.

En el costado sur de la manzana que ocupa el edificio del Liceo de Varones, está la entrada de esta Biblioteca Pública, arriba de cuya puerta, de elegantes molduras, está indicado con grandes letras doradas, que por allí se penetra al templo de la instrucción y del saber; y pasado aquel bello dintel, pronto se en-